

SERMON

DEL

LAVATORIO PARA EL JUEVES SANTO

Si ergo ego lavi pedes vestros Domina, et Magister: et vos debetis alter alterius lavare pedes.

"Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo Señor y Maestro, también vosotros debéis lavar los pies el uno al otro."

S. JEAN, CAP. XIII, v. 14.

Llegada la hora del Misericordiosísimo Jesús, que acredita San Juan como la hora por excelencia suya: hora que ardientemente había deseado, y en que para dar á los hombres los mayores testimonios de su infinito é incomprendible amor, estableció los mas grandes misterios y dió principio á su sagrada pasion, se anonadó y se humilló á un profundo y ostupendo abatimiento en la actitud de infimo sirviente. ¡Cómo siquiera se habian de haber imaginado los Apóstoles que las finezas de Jesucristo llegasen á tocar hasta el extremo . . . ? Ello es, que segun refiere el mismo Evangelista: "Se levantó de la cena, dejó sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la ciñó: echó despues agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos y á enjugarlos con la toalla de

que estaba ceñido." Pásmense los Angeles, tiemble el infierno, avergüencense los hombres: párense los astros, deténgase absorta la tierra en sus movimientos. Jamas se habia visto ni oido hecho semejante. No ignoro, que el lavatorio de los piés era costumbre que practicaban los antiguos con sus huéspedes. Abraham hizo lavar los piés á tres Angeles, que se le aparecieron bajo la figura de hombres. Laban mandó ejecutar lo mismo en su casa con Eliezer, doméstico de Abraham, y sus compañeros enviados para pedir por esposa de Isaac á Rebeca. Así tambien fueron lavados y recibidos con honor los hermanos de José en Egipto á las órdenes de su Mayordomo. Era este lavatorio un deber de política, por cuya omision reconvinó el mismo Jesus convidado á comer, á Simon el farisco. Mas este oficio que se habia generalizado entre los Israelitas, le ejercian ordinariamente los siervos y los esclavos. ¡Qué dirémos, pues, de la accion singularísima del Criador arrodillado ante sus criaturas, del Señor ante sus siervos, del Superior ante sus súbditos y del Maestro ante sus discípulos! ¡Oh altísimo é inefable árbitro de la Suprema Sabiduría! ¡Oh prodigio de humildad! ¡Oh exceso del amor!

Aun cuando poseyera yo el idioma sublime de los espíritus celestiales, la elocuencia de un Crisóstomo, la sabiduría de un Gerónimo, el ingenio de un Agustín y el fuego de los Bernardos y Buenaventuras, jamas podria describir dignamente suceso tan admirable, tan divino y tan edificante. Declare en hora buena Abigail, que se tendria por dichosa en lavar los piés á los siervos de David; en presencia de la luz deberán huir las sombras. Dejemos que las almas virtuo-

sas hallen en el retiro de la contemplacion reflexiones inexplicables, sacadas de esta fuente inexhausta; que acogidas en union de los cuerpos que animan bajo la poderosa defensa de la hermosísima Vid. Cristo Señor nuestro, inclinada hácia la tierra, gusten los deliciosos frutos que produce: los fervientes movimientos del ánimo, las lágrimas abundantes y continuas, que vierten estos fieles imitadores del Salvador, son las señales inequívocas de su fe, de su agradecimiento, de su devocion, de su ternura y de su caridad. En cuanto á nosotros, que nos hemos reunido hoy en este agosto Templo, en este santo dia, digo, llamado el dia de los misterios, y ante la apacible majestad del Soberano Señor Sacramentado; me ceñiré á explicar sencillamente las palabras del Evangelio, y á presentaros con precision el sentido que á primera vista nos demuestran.

Vuelto Jesucristo á la mesa, instrua á sus discípulos vivamente con la doble fuerza é imperio de la palabra y de la práctica de las buenas obras. "¡Sabeis, les dijo, lo que acabo de hacer con vosotros!" ¡No es verdad que apenas habeis salido del improvisito raptó, con que embargó mi abyeccion vuestros sentidos! "Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, puesto que lo soy." Os he dado las pruebas mas ostensibles de mi divinidad, de mi poder, de mi soberanía y de mi doctrina. "Si yo, pues, os he lavado los piés, siendo Señor y Maestro, tambien vosotros debéis lavar los piés el uno al otro." ¡Gran Dios! ¡Qué otro fin mas próximo podemos inferir que se propuso Jesucristo en el Cenáculo, que el del ejemplo! ¡Ah! ejemplo se hizo para los Apóstoles, ejemplo pa-

ra los Prelados, ejemplo para los súbditos, ejemplo para todos los hombres. Esta fué la conclusion que infirió de sus bien asentados principios. Este será igualmente el digno objeto á que tiende todo mi discurso. Saludemos antes devotamente á la inocentísima sierva del Señor, para que por medio de sus eficaces ruegos consigamos la gracia de imitar las virtudes de su Santísimo Hijo. Ave Maria.

"Si yo, puse, os he lavado los pies, siendo Señor y Maestro, tambien vosotros debéis lavar los pies el uno al otro."

S. Juan, cap. y vers. citados.

"Ejemplo os he dado, continuaba Jesucristo infundiendo aliento á sus discípulos, para que así como yo lo hice, vosotros tambien lo hagais." El ejemplo, supuesto que importa una relacion, se extiende á dos términos ó extremos: el uno es del mismo ejemplar que se propone á la imitacion, y el otro es de aquello que corresponde como traslado á su primera muestra. Unas veces como sucede en las cosas puramente humanas, la copia iguala y aun aventaja á su original: otras veces como es siempre en las cosas sobrenaturales, y propias de Dios, aunque la imágen se le acerque por cierta participacion ó proximidad, jamas podrá esculpir con toda perfeccion su inimitable modelo. De este modo, Jesucristo como Señor y Maestro lavó los pies á sus Apóstoles, pero los hombres es imposible que lo representen mas que como sus siervos y discípulos. Ya me parece que habré logrado dividir mi asunto: Jesucristo para darnos ejemplo lavó los pies á sus Apóstoles: Punto primero: Los fie-

les deben lavarse los unos á los otros los pies, para hacerse semejantes á Jesucristo: Punto segundo. Díguese el Señor poner acierto en mis labios para elogiarle y derramar su santa uncion en vuestros corazones, para conformaros con él en su seguimiento.

PRIMERA PARTE

"Yo en verdad, decia San Juan Bautista al pueblo, os bautizo con agua para la penitencia; pero aquel que viene despues de mí, es mas poderoso que yo, de quien no soy digno de llevar sus sandalias; él os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego." Con estas palabras mostraba la divinidad y poder de Jesucristo, que como Señor de la naturaleza debia mudar las leyes á su arbitrio, y obrar prodigios inauditos. Los Apóstoles lo reconocieron por el Señor, el Cristo y el Dios Salvador, y aunque les fuese concedido hacer milagros, no los habian de hacer menos que en virtud de su santo nombre. "En él estaba, dice el Evangelio, la vida, y la vida era la luz de los hombres." ¡Ah! esta es la grande luz que anunció el Profeta Isaiás: luz esencial que ilumina interiormente con su gracia, y exteriormente con su doctrina, con sus ejemplos y con sus milagros: luz universal, que abraza cuatro clases de ciencias, como explica Santo Tomás de Aquino: "ciencia divina como Hijo del Eterno Padre, ciencia bienaventurada como comprensor, ciencia infusa como Cabeza de toda la Iglesia, y ciencia espermental que tomaba sus noticias

del uso y de la experiencia." Vais á advertir, que animado Jesus en la noche de la cena, no de otro motivo que del celo por la gloria de Dios y la salud de las almas: que haciendo ver en sí mismo la union de todas las virtudes que inspira á los hijos dóciles su Santo Espíritu, les recomendaba principalmente la humildad y la caridad. Habia llegado el tiempo de establecer con mayor firmeza á los primeros pastores y doctores; "tiempo de aleccionarlos segun la frase de San Pablo, para perfeccionar á los Santos, ejercer el ministerio y edificar su cuerpo místico." Parémosnos, pues, algun tanto en las circunstancias mas dignas de notarse de este inefable lavatorio.

San Pedro estaba acostumbrado á ser testigo y admirador constante de los portentos estrepitosos de su Divino Maestro: tales como los habia presenciado eran; mandar á los elementos, lanzar á los demonios, curar á los enfermos y resucitar á los muertos. Inbuido en las ideas de su nacion, esperaba que el Mesías se revistiese de la majestad y gloria mundana, y aniquilase á todos los enemigos del pueblo judío. ¿Pero cuál fué su sorpresa al mirarle postrado á sus piés! ¿Cuáles sus sentimientos al considerar que aquella mano omnipotente que lo sostuvo en el mar, á tiempo de sumergirse, la iba á extender sobre sus asquerosos piés? Nunca le habia ocurrido especie semejante, y aunque se lo hubieran contado, no lo creyera. No es extraño, pues, que atónito y despavorido como aquel caminante á quien sobrecoge un rayo, ó asalta la impetuosa avenida de las aguas en medio de un rio, esclamase: "¿Señor, tú me lavas á mí los piés?" ¿Tú, cuyo trono es el cielo, y la tierra el escabel de

tus piés, rendido ante el pecador mas despreciable! ¡Ah! ¿dónde me esconderé! ¡Qué gozo tuviera que mudaseis de parecer! Jesus le respondió: "Lo que yo hago, tú ahora no lo entiendes; mas lo entenderás despues." Fué como decirle: Llegará día en que sabrás con la venida de mi Santo Espíritu, el misterio de mis humillaciones, y el divino manjar á que te dispongo.

Con todo esto, el entendimiento del rudo Apóstol no podia sufrir caso tan extraordinario, y por eso no lo queria consentir. Pedro, dice San Agustín, al ver aquel espectáculo, no pudo contener su confusion y vergüenza, y como un hombre sorprendido de un impensado accidente, corria por el cenáculo atónito, pasmado y fuera de sí, no podia darse á partido, ni podia reducirse á dejarse lavar y servir del Unigénito de Dios Padre." Así es, que se resuelve á decirle, firme en su dictámen, y como por consecuencia de las razones en su juicio incontestables: "Señor, no me lavaréis los piés eternamente." Pero, ¿qué distancia tan grande media entre la primera ocasion que le habló y la segunda! ¡Ah! con su excesiva resistencia su ardiente celo degenera en presuncion, su humildad cambia en orgullo. Sin embargo, el Salvador atento á la salud de su alma, y con un semblante mezclado de dulce y de severo lo amenza así: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo." ¡Dios mio! ¿qué prueba! ¿qué disuntiva tan exigente se propone á la eleccion del fervoroso discípulo! O ha de ganar con su obediencia la amistad de su Maestro, el primer lugar en el gobierno de la Iglesia, y una dicha singular en la participacion de su reino eterno;

ó por su tenaz oposicion ha de ser separado de su confianza, caer del alto destino de Príncipe de los Apóstoles, al poder del príncipe de las tinieblas, y al fin abrasado en un fuego inextinguible. ¡Qué hará! ¿persistirá todavía en su errado concepto? Nada de eso. "Señor, le dijo en la tercera vez, lávame, báñame; no solamente mis piés, sino tambien las manos y la cabeza." Aquí parece que dió en otro exceso de humildad que no era necesario, y que le corrigió el Señor de este modo: "El que ha sido lavado, no tiene necesidad de lavarse sino los piés, pues está enteramente limpio. Y vosotros estais limpios, pero no todos." No pudo terminarse mejor esta contienda entre San Pedro y Jesucristo, que con rendirse aquel á las palabras de su Maestro, dejarse lavar los piés, y completarse el lavatorio por su orden en todos los Apóstoles.

Es probable que la Santa Madre de Dios presenció este paso en el salon del cenáculo; pero ni lo dice el Evangelio ni debió lavarse á quien desde el acto de su Concepcion estuvo exenta de toda mancha. Los Apóstoles, aunque tenian sus almas adornadas con la gracia santificante, no carecian de ligeras imperfecciones, de reliquias de pecado y de ciertas flaquezas de la carne. Pues bien, ¿quién alcanzará á concebir hasta qué grado de limpieza ó de justificacion ascendieron ellos en virtud de este baño saludable, mas que se les considere como infantes en la vida espiritual! ¡Ah! en este símbolo ó preparativo para recibir dignamente el Augusto Sacramento, se cumplió de autemano y en cierto modo, lo que significaba David acerca de nuestra expiacion por la San-

gre de Jesucristo: "Lávame, ¡oh Dios! y quedaré mas blanco que la nieve." Yo creo, señores, que este segundo bautismo administrado por el mismo que habia venido con el Espíritu Santo, y con el fuego, hubiera perdonado las culpas mortales, y aun el horrible crimen del pérfido discípulo, si á su tiempo se hubiera arrepentido de él. Pero fué instituido solamente para borrar los pecados veniales. Así lo han reconocido algunos antiguos dándole el nombre de Sacramento ó de Sacramental: tal es tambien el sentir de San Bernardo y de San Agustín, respecto á este mismo efecto que procede de la accion edificante que ejecuta hoy el Pontífice Supremo, los sagrados Obispos y los hombres mas ilustres, y que hace derramar abundantes lágrimas á muchos concurrentes. No dejaré de añadir á esta doctrina una breve reflexion que me ocurre y que os ha de agradar. El Esposó de los Cantares alaba y admira entre otras bellezas á su Esposa la Santa Iglesia con esta famosa alegoría: "Tus dientes son como rebaños de ovejas trasquiladas, que están recién subidas del lavadero y tienen dobles crias, sin que haya ninguna estéril." Ya me figuro que la sala del cenáculo fué como las fauces de la boca de la Esposa, la Virgen María como la arteria ó caña de la voz; el Espíritu de Jesus, como la lengua, y los primeros Santos Prelados como los dientes ó los hatos de ovejas limpiísimas con imponderable fecundidad.

Habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles, que estaban limpios, pero no todos. Porque sabia quién fuese el que habia de entregarlo, añadió: "No todos estais limpios." ¡Dios eterno! ¿qué no bastaba al encendido

corazon de vuestro Verbo Encarnado, lavar á San Pedro y á todos sus dignos discípulos, sino que tambien habia de servir al mas indigno de los hombres! ¡Ah, Júdas! “¡Ojalá y fuese lícito, como esclama San Juan Crisóstomo, ignorar tu mismo nombre! Con mayor ternura y amor que á tus compañeros, si pudieran llamarse así, se arroja el Señor á tus inmundas plantas, te lava los piés, los enjuga y los besa: al propio tiempo que estás proyectando su muerte, él te está ofreciendo la vida: cuando meditas venderlo, aunque sea por el vil precio de un esclavo, él quiere rescatarte con el infinito precio de su Sangre: cuando la codicia te excita á despeñarte al precipicio, él ha puesto en accion todos los esfuerzos de su Omnipotencia para salvarte: no es necesario por tu parte mas que un acto de tu voluntad, una sola palabra, un pequeño dicho de corazon: él te da con su rara é insigne humildad una leccion práctica del perdon á los enemigos, é instruye á todos los hombres con lo mismo que hace contigo: él te perdonaria gustoso, sin embargo de que sabe que eres un demonio: *Unus ex vobis diabolus est*. Pero no, todos los bienes con que te ha colmado no son capaces de ablandar tu pecho feroz ni enternecer tu corazon endurecido. Más te valia, como lo dijo él mismo, que no hubieras nacido: más te valia que fueses una oveja estéril, excluida de su grey santa, y no un lobo, un Apóstol prescito, un ingrato, un vil, un traidor, un asesino, un miembro muerto, un monstruo abominable.”

¡Oís todo esto, cristianos! Pues no hay un solo hombre sensato que no se horrorice de tal crimen. No obstante, pasa en todos por proverbio que no falta

en una congregacion ó en una familia, un Júdas. Yo afirmo, sin temor de equivocarme, que tiene muchos mas imitadores. A lo menos Júdas confesó ante los príncipes de los Sacerdotes y los ancianos, que habia pecado entregando la Sangre inocente. Pero innumerables personas reciben la fe de Jesucristo, y lejos de confesarla, la abjuran y atormentan cruelmente á su Esposa la Santa Iglesia: no faltan quienes como él se abandonan al suicidio, abundan los que desean embriagarse con la sangre de su hermano, y no tiene cuenta la multitud de los desesperados: miles de miles aborrecen á su prójimo, lo calumnian y maltratan, y precisamente han perdido la caridad de Dios. ¡Qué bien los ha dado á conocer el Espíritu Santo con una sola palabra! *Stultorum infinitus est numerus*. En fin, atengámonos mejor á los afectos que á las palabras para edificarnos con tan tierno espectáculo, tan heróicas virtudes, y tan remarcado amor de Jesucristo, y pasemos á la

SEGUNDA PARTE

Los motivos que nos propone el Salvador para imitarle en persona de sus Apóstoles, se fundan en su excelsa dignidad de Señor y Maestro, y en nuestra calidad de siervos y discípulos. “En verdad, en verdad os digo, continúa, que el siervo no es mayor que su Señor, ni el Apóstol es mayor que el que lo ha enviado.” Cualquiera carácter ó autoridad con que estén revestidos los hombres en la Iglesia, los designa

solamente por embajadores de Jesucristo. Por elevado que sea el puesto que ocupen en la sociedad, no pueden llamarse mas que siervos de Dios, y esclavos de Jesus. La Santa Iglesia recuerda y renueva todos los años la santa práctica de lavar los piés á doce hombres pobres; pero el ejemplo de Jesucristo, y la imitacion por nuestra parte se extienden á todo lo bueno que debemos obrar. Así como la humildad y caridad fueron las virtudes que ejercitó y recomendó el Divino Maestro en el lavatorio de sus discípulos, así tambien lavar los piés los unos á los otros, es nada menos que el símbolo de las mismas virtudes con que hemos de hacerles algun buen oficio, cada vez que se presente la ocasion. Humildad y caridad. Hé aquí lo que nos importa conocer para agradar á Dios y servir á nuestros prójimos.

Al contrario de la soberbia "que es el principio de todo pecado," como se lee en el Eclesiástico, "es la humildad el origen de la virtud, como dice San Gregorio: segun sus palabras, aquella virtud verdaderamente brota en nosotros, que dura en su propia raiz, que es la humildad." Y en efecto que no puede haber fe sobrenatural, sin que sea humilde; ni esperanza que no sea sumisa; ni caridad que sea hinchada: la humildad conserva la hermosa flor de la castidad, hace íntegra la justicia, cierto el fruto de la misericordia y creible la mortificacion y penitencia. "Sin humildad, como piensa Hildeberto, es errónea la direccion de elegir por la prudencia lo que se ha de elegir: es una victoria rendida superar por fortaleza las cosas adversas: es una sobriedad funesta resistir á los estímulos por la templanza." Con sobrada razon San Juan Cl-

maco la reconoce y la encarece por un dón singular de Dios. "¿Qué cosa peor, pregunta San Agustin, que la malicia de la soberbia que ni aun al mismo Dios quiere preferir!" Tampoco al prójimo, porque como asegura el Libro de los Proverbios: "Entre los soberbios siempre hay pleitos." El Señor abomina el orgullo y sus fatales consecuencias, que son la presuncion, la vanidad, la desobediencia y la independencia. "Cuando fueres llamado á las bodas, dice Jesucristo, ve y siéntate en el último lugar." Esta parábola no menos mira á evitar la confusion eterna, que trae consigo la soberbia delante de Dios, y aun el desprecio para con los hombres, que á procurarnos la sólida gloria con que será recompensada la humildad en la distribucion del premio celestial.

Me figuro á Isaac colocado sobre un haz de leña en lo alto de la montaña, ligado de piés y manos y esperando el golpe mortal que descargara sobre su cuello su padre natural y el padre de todos los creyentes. ¡Oh qué ejemplo de humildad y de obediencia para con los superiores! Me parece, que observo el respetuoso silencio de la contemplativa Magdalena, que lejos de inquietarse ante el Salvador por las reconveniones y quejas de su hermana Marta, no profiere una sola palabra. ¡Oh qué ejemplo de mansedumbre y de humildad para con los iguales! Me imagino que oigo las maldiciones é injurias de Semei contra David, perseguido por Absalon, y que admiro la resignacion y modestia del Santo Rey. ¡Oh qué ejemplo de paciencia y de humildad para con los inferiores! Pero ¿qué mejor modelo que el de aquel "que vino al mundo para servir y no para ser servido!"

¡Ah! "Todo lo que tiene el hombre, como dice San Pablo, lo ha recibido, y no debe gloriarse como si no lo hubiera recibido." Reflexionemos, que ninguno hay en este mundo que por ciertos respetos no valga mas que nosotros, ó por algun dón natural ó por algun dón sobrenatural, como la inocencia, el mayor fervor y la mayor santidad. El inferior está obligado á humillarse ante el superior con veneracion; el igual ante el igual con dulzura, y el superior ante el inferior con dignidad. Disputas, celos, enemistades, desprecios, burlas, riñas, escándalos, indiscreciones y descortesías, ofensas sin número contra Dios y contra el prójimo, evitaríamos continuamente, si la humildad fuese la regla de nuestra conducta. El precepto de edificar con las buenas obras, propuesto en la práctica de Jesucristo no solamente se ha dado á los Pastores, tambien á los padres y á las madres, á los señores y señoras, á todos los fieles en particular.

Volviendo ahora la vista á la caridad, que es el principio y la perfeccion de la Ley: "Ninguno puede servir á dos señores, dice Jesucristo, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará." ¡Admirable doctrina! que nos enseña, supuesto que nuestro amor es uno, que no se puede dividir entre el Criador y la criatura, entre la virtud y el vicio, entre Dios y las riquezas. Pero amar á Dios de preferencia y al prójimo como á nosotros mismos en Dios, por Dios, y con un amor nacido de Dios, es el compendio de la ley, que todo lo incluye. El que ama al prójimo como quisiera él mismo ser amado, y como quiere Dios que lo ame, lo ama verdaderamente y en fuerza de la caridad sobrenatural: tal

amor, aunque tiene diversos objetos, es uno solo en la substancia. Aquellas cuatro personas, que segun refiere el Evangelio, cargaban juntamente con su cama á un tullido de todos sus miembros, para presentarlo á Jesus, á fin de que lo sanase: que no pudiendo acercarse ni aun á la puerta de la casa donde estaba, por la multitud de gente, no obstante todos los esfuerzos que hicieron, y que no hallando camino subieron sobre el techo, y hecha una abertura lo bajaron en su lecho en medio de la turba á los pies de Jesucristo, ¡no denotan una caridad laboriosa, paciente, constante y digna de emulacion? El Samaritano que viendo á un judío herido y abandonado en el camino, se movió á compasion de él: que se le acercó, le vendó las heridas y esparció sobre ellas aceite y vino: que poniéndolo sobre su jumento, lo condujo á la posada y tuvo cuidado de él: que al dia siguiente sacó dos denarios y los dió al huésped para que tuviera cuidado de él, mientras que daba la vuelta, ¡no es un hecho de la caridad mas generosa para con el prójimo! ¡no es el fiel retrato de un corazon bondadoso, pintado con todos su amables caracteres! ¡Ah! Pero ¡qué mas que nuestro Salvador nos ha asegurado por sí mismo con juramento, "que un vaso de agua dado á un discípulo suyo tendrá su recompensa!" ¡Felices aquellos que se sirven y se socorren en sus necesidades espirituales y temporales! ¡Qué satisfaccion tan envidiable la de aquellos que no pueden ver con indiferencia la ignorancia de su prójimo en sus obligaciones, la miseria, la desnudez, el hambre, la sed, las enfermedades, los dolores, las llagas, el abatimiento y la opresion de sus semejantes!

“Mas entonces posee el hombre un grande bien, como dice San Agustin, cuando ama á los enemigos; entonces llega al cúmulo de perfeccion, cuando les hace el bien que puede.” El cristiano que cumple la ley de Jesucristo, “de amar á los enemigos, de hacer bien á aquellos que lo aborrecen, y de rogar por aquellos que lo persiguen y calumnian,” ha llegado, pues, al estado de una caridad muy acendrada. Toda esta obligacion se reduce á amarlos de corazon, á favorecerlos con las obras y á agradarlos con las palabras: á socorrerlos en la preparacion del ánimo y cuando se ofrece la ocasion, y á rogar á Dios por ellos. Lejos de vengarse de sus enemigos, debe el ofendido dispensarles beneficios positivos en el artículo de necesidad conforme á la sentencia del Libro de los Proverbios y del Apóstol San Pablo: “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale agua que beber. Porque así amontonarás sobre su cabeza brasas ó ascuas encendidas (esto es, de caridad), que derretirán la nieve de su odio, y el Señor te dará el premio.” Fuera de este caso, el que vence con el bien el mal, obligando á su enemigo con sus liberalidades y muestras de afecto, adquiere mayor grado de perfeccion. ¡Obramos nosotros así! ¡Oh! ¡Cuántas enemistades cesarian, si la caridad fuese el principio y como el alma de todas nuestras acciones vitales ó voluntarias.

Al fin de aquella inestimable instruccion despues del lavatorio, que comprende lo mas grande y sublime de la moral cristiana, como hemos visto, dijo Jesus á sus discípulos: “Si entendeis bien estas cosas, seréis bienaventurados cuando las pongais en prác-

tica.” Admirablemente cumplió el Señor Dios nuestro Maestro, y nuestra guía en un sentido espiritual, y aun á la letra su sagrado ministerio, concediendo por sí mismo á los hombres lo que con tanto fervor le pedia el Profeta Rey: “Lávame mas y mas de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado.” Y si el pérfido Júdas se obstinó en la malicia de su traicion hasta morir en ella, el Salvador nos dejó un monumento eterno de humildad y de caridad para con sus amigos y aun para con su mayor enemigo. En el ejercicio de estas heróicas virtudes se cifra la felicidad de esta vida y la que se desea en la futura. Lavar á nuestros hermanos y prójimos hasta de las mas ligeras manchas, con el agua de la humildad y con el calor de la caridad, nos acarrea tesoros de gracias y celestiales delicias. Esta es la final insigne y provechosa, que se deduce de la práctica de aquella doctrina tan santa y tan divina: *Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister: et vos debetis alter alterius lavare pedes.*

Por lo tanto, deberémos ingenuamente confesar, que fuera de nuestro divino modelo Jesucristo es imposible hallar la salud. Ejemplo nos ha dado de mansedumbre, de humildad, de bondad y de amor. Los que le imitan con el auxilio de la gracia hasta la muerte, pueden estar seguros de la recompensa que les dará como justo Juez, segun estas palabras de Isaías: “Decid al justo que bien, porque él recogerá el fruto de sus buenas obras.” Pero los que imitan á Júdas, siendo infieles y traidores á su bautismo, á sus obligaciones y promesas, temen la amenaza del mismo Señor, fulminada por boca del referido Profeta: “¡Ay del impío al mal, porque él será castigado como me-

recen sus obras." Apartemos, pues, de nosotros todo acto de soberbia, de odio, de avaricia, de envidia: desprendámonos del amor desordenado de las criaturas, refrenemos los apetitos de la carne, y no demos lugar á la pasión de ira y venganza. Busquemos la verdadera paz, paz con Dios, paz con nosotros mismos y paz con nuestros prójimos: paz del corazón con que complaciendo á Jesucristo en esta vida, nos transferirá á gozar de su presencia en la eterna gloria. Así SEA.

SERMON

DE

LA INSTITUCION DE LA SANTA EUCARISTIA

PARA EL

JUEVES SANTO

Hoc est Corpus meum: Hoc est calix novum testamentum in sanguine meo.
 "Este es mi Cuerpo: Este cáliz es la nueva alianza en mi Sangre"
 S. Lucas, Cap. XXII, vs. 19 y 20.

Bien hubiera podido un puro hombre enviado de Dios, hacer todos ó cualquiera de los milagros que obró Jesucristo, durante el tiempo de su vida mortal sobre la tierra: resucitar muertos, sanar enfermos, mandar á los elementos y lanzar á los demonios, lo han ejecutado muchas veces los Santos, según ha convenido á los altos fines de la Divina Providencia. Pero ponerse el Señor nuestro Salvador en la Santa Eucaristía con presencia real de su Cuerpo, de su Sangre y de su Alma, unidos hipostáticamente á la Divinidad, este sí que es el prodigio de prodigios, que